

Sesión de Estudios del Ciec
Enero 23 al 10 de febrero
Montevideo, 1957

Philosophía Social
Documentos de Estudio # 6

Fuerzas Armadas y Desarrollo

- Comodoro (r.) Juan José Zúñiraldes -

Con la lucidez que distingue a su pensamiento, el Comodoro Zúñiraldes ofrece una penetrante interpretación de la realidad argentina, y propone un programa de acción nacional en el cual atribuye a las fuerzas armadas una misión esencial e insustituible. Temas militares se honra en publicar esta excepcional aporte al establecimiento de la conciencia nacional.

&&&&&&

Es muy posible que las soluciones que deben ponerse en marcha para asegurar el desarrollo nacional sea únicas. Es probable que la marcha de nuestro país hacia su destino de gran potencia tenga que seguir un solo derrotero. Pero es cierto, también, que ese derrotero será definido y, sobre todo, asumido como empresa por la comunidad en la medida en que se lo ilumine desde todos los actores y desde diversas perspectivas.

No tenemos otra alternativa que explicar cómo vemos nosotros el problema del desarrollo, entrar a exponer nuestro punto de vista sobre la misión que en su proceso incumbe a las fuerzas armadas argentinas. Desde luego, ello equivale a entrar en terreno de polémica. Un destino curioso de la Argentina ha sido el de arrastrarse largo tiempo en discusiones semánticas acerca de si somos o no un país subdesarrollado; si el desarrollo es un concepto económico o un concepto global; si el desarrollo es o no la tarea primordial que tienen por delante los argentinos que viven en la década del presente. Califico de curioso a este destino, porque en otras partes del mundo tales debates no existen. Los países saben muy bien si son o no son desarrollados. Y, conforme a una autodefinición que resulta clara para todos los sectores de la población, atribuyen a la comunidad la misión que resulta adecuada a su estado. Desde luego, creo que en la Argentina esta discusión semántica ha sido alimentada en buena medida por quienes no tienen interés que la Argentina supere su actual etapa, que, para unos y para otros, no puede definirse de una manera: como una etapa de estancamiento. Porque aún aquellos que creen que la Argentina es un país desarrollado, no vacilan en reconocer que su crecimiento está estancado, lo que los mueve a añorar los buenos tiempos de otrora.

Democracia y Sociedad Industrial

Desarrollo no es otra cosa que el proceso que lleva al Estado de lo que se denomina, simplemente, comunidad desarrollada, pueblo desarrollado, o país desarrollado.

Para dar a la palabra un sentido estrictamente técnico no tenemos otro camino que establecer la vinculación del desarrollo con las características de la moderna sociedad industrial. La noción de desarrollo es una noción histórica. No es una categoría permanente. No puede aplicarse a las culturas evolucionadas de otros momentos de la historia.

No puede decirse con propiedad, por ejemplo, que Atenas era un estado desarrollado en su cotejo con Macedonia, o que Egipto lo era cotejado con el Israel de la época de los faraones, o que la Inglaterra de Isabel o de Jacobo I lo eran comparados con la Polonia o Suecia de su tiempo.

La noción de desarrollo - como bien lo ha señalado el gran economista sueco - Gunnar Myrdal - corresponde a nuestra época, es decir, a la época de la civilización industrial. Es la época en que es posible el crecimiento acelerado de la riqueza y de la cultura y en que, por consiguiente, pueden transformarse rápidamente estructuras que llevaron siglos para configurarse. La noción de desarrollo existe porque se puede oponer a la de subdesarrollo.

Y ambos conceptos, desarrollo y subdesarrollo, tienen algo en común: son conceptos dinámicos. Suponen la posibilidad del tránsito de una etapa a otra y con ello - la necesidad psicológica (que es, también, necesidad política) de pasar de una etapa a la otra. Antes se hablaba, simplemente, de pueblos adelantados y de pueblos atrasados, o de pueblos ricos y de pueblos pobres. Eran términos absolutos, impuestos por el mandato de Dios o por el dictado de la geografía. El pueblo pobre no tenía por que aspirar a cambiar su condición de tal. Mejor dicho, no debía pretender cambiar esta condición, porque tal actitud importaba contrariar planes a los que tenía que someterse resignadamente.

En cambio, el pueblo subdesarrollado encara hoy, dinámicamente, su destino. No se resigna a ser tal. Espira a devenir desarrollado. Interpreta su evolución como un proceso que tiene un signo, un signo que es el del cambio, el del progreso, el del mejoramiento, el de la rebelión a las condiciones impuestas por la historia, por la geografía o por la dominación del exterior.

Y eso es posible sólo por una razón: porque es efectivamente posible cambiar la suerte de los pueblos. Y porque es posible no sólo repartir mejor (en el orden interno o en el internacional) aquello con lo cual se cuenta, sin aumentar el patrimonio común. Eso es así, únicamente, por el hecho de que la revolución industrial puso en las manos del hombre recursos que la diferencian cualitativamente, de todos los siglos de progreso que conocieron culturas anteriores, pero que nunca pudieron sobrepasar el marco de esas culturas, y, dentro de ellas, el de los sectores sociales-dominantes.

La revolución industrial fue el elemento dinamizador que cambió el ritmo de la historia. Fue el instrumento que hizo posible la difusión de la idea política que su contrapartida y su hermana gemela: la idea de la democracia entendida como igualdad de condiciones, como participación de todo en el proceso político, económico, social y cultural de una comunidad.

Las ideas democráticas estaban evolucionadas en Occidente antes de que la revolución industrial hiciera explosión. Pero sólo a partir del estallido de ésta y de su propagación a todos los rincones del globo fue posible que la democracia se transformara en el ingrediente ideológico explosivo capaz de transformar estructuras sociales de solidez milenaria. Y como el tercer ingrediente de un proceso en el que los elementos se suponen, fue la aparición del Estado Nacional. La idea de que el pueblo mismo es la base de la comunidad política y que todo pueblo tiene derecho a la vida independiente y a la autodeterminación.

Nación, democracia y economía industrial son términos que se suponen históricamente, aunque cada uno de ellos puede proceder de una distinta idea y aunque no puedan resumirse en una categoría común del intelecto. Pero en el curso de la historia actual, sólo la acción recíproca de esos tres fenómenos segregados por la cultura cristiana occidental, hicieron posible lo que es la gran revolución de nuestros días.

Con esto queremos llegar a una primera conclusión. La idea de desarrollo y la de país desarrollado no pueden desprenderse de la idea de democracia, de nación y de sociedad industrial.

Y una simple constatación hecha de memoria, nos permitirá anticipar que son -

países desarrollados aquellos estados nacionales que expresan políticamente a una comunidad industrial en la que las relaciones sociales se expresan democráticamente.

Requisitos del Desarrollo

Quiere esto decir que el concepto del desarrollo es un concepto global. No corresponde a ningún sector aislado de la cultura. Tiene su aspecto económico, su aspecto político, su aspecto social y su aspecto cultural. Y esos aspectos se entrelazan entre sí, dialécticamente (no tengamos miedo de usar la palabra, puesto que dialécticos eran los griegos y dialécticos los pensadores medievales. No conviene cometer el error, aquí también, de obsequiar a los marxistas el monopolio de las palabras útiles.) quiero decir, con ello, que esos aspectos se suponen de manera recíproca; que ninguno de ellos puede considerarse como la causa eficiente de los demás; que están entre sí correlacionados. Y que, plenamente, no puede haber pleno desenvolvimiento de uno sin que haya también de los demás.

Pero esto no supone que todos deban desenvolverse simultáneamente. Es perfectamente posible que en una sociedad (puesto que los fenómenos culturales son asíncronos) sea un sector el que tome la vanguardia del desarrollo. que crezca primero por ejemplo, el sector político. O que lo haga el económico y que los otros se mantengan en relativo retraso. Pero sucede a corto trecho que, si el proceso no se da globalmente, o bien se produce un retroceso, o bien el sector que ha tomado la vanguardia impone su ley sobre todos los demás.

Supongamos, por ejemplo, que un país haya dado pasos avanzados en el camino de su industrialización, pero no lo haya hecho en el campo del desarrollo cultural. Pongamos el caso de Brasil, cuya industria de base ha dado un salto impresionante en las dos últimas décadas pero que mantiene todavía a un vasto sector de la población marginado del proceso nacional de desarrollo cultural. La alternativa es forzosa; o se produce una incorporación a la cultura del sector marginado o el desarrollo económico se frena. No puede haber desarrollo global en un pueblo de analfabetos.

Pongamos otro ejemplo. Un alto grado de desarrollo económico y un bajo grado de desarrollo político: es el caso de la Unión Soviética. Allí, el desarrollo económica ha alcanzado dimensiones impresionantes, pero el nivel político se mantiene todavía en el estilo de la autocracia del siglo XIX, con un partido gobernante que hace las veces de oligarquía y con una participación relativamente baja del pueblo en el proceso político y los correlativos bajos grados de libertad civil. La alternativa también es forzosa. O el progreso económico se abre camino e impone su ley al político, o aquel correrá el riesgo de pararse. Tal es el sentido de las reformas de Krushchev y de Kosygin -*brezhnev*.

El caso argentino

Estas lucubraciones un tanto fatigosas tienen, desde luego, un objetivo concreto. Dar una respuesta razonable a la pregunta de si la Argentina es o no un país desarrollado. Y, en consecuencia, a la de qué hay que hacer para responder a la exigencia de su hora actual.

Nos apresuramos a anticipar nuestro juicio. La Argentina no es un país desarrollado. O, si se quiere, aunque el término moleste, es un país subdesarrollado. Ello a despecho de tener dos Premios Nobel, de tener el Teatro Colón, de que en cualquiera de sus grandes capitales se produzcan avalanchas para ver al conjunto de Zagreb, de que su plástica ocupe niveles destacados y sólo comparables a la de los grandes centros creadores de cultura.

Y la Argentina no está desarrollada porque a su adelanto en algunos sectores, a su desarrollo en algunos sectores, corresponde un retraso importante en otros y

de importancia que no es sólo de detalle, sino de calidad.

La Argentina no es desarrollada políticamente ni es desarrollada económicamente. Tampoco ha conseguido armonizar como en las comunidades desarrolladas las relaciones sociales, ni ha dado a su cultura una genuina dimensión nacional. Vamos a analizar estos problemas uno a uno.

Primero: la Argentina no está desarrollada políticamente

¿Por qué? Por las mismas razones por las que decimos que no lo está un adolescente. No ha llegado a la madurez, que es el desarrollo. Y no ha alcanzado la madurez por la simple razón de que no ha concluido todavía el ciclo de asimilación del sufragio universal que fue el instrumento de desarrollo de la vida política nacional.

Alcanzó ese instrumento prematuramente, pero no lo pudo digerir. El ciclo políticamente progresivo que significó el aumento de la participación política, siguieron ciclos regresivos de disminución de esa participación. Irigoyen (que fue políticamente progresivo), siguió la regresión en términos democráticos que fue el fraude; al peronismo que fue políticamente progresivo (siempre en función de una mayor participación de sectores cada vez más amplios en la elaboración y la formulación de las decisiones políticas), siguió el ciclo de la revolución de 1955, o sea el ciclo de la proscripción.

Convertimos que usamos estas palabras en su sentido objetivo. No queremos darles contenido valorativo. Partimos de la idea, ésta sí fundada en valores, de que la democracia supone la plena participación de todos los sectores. Hacemos abstracción de la calidad de los gobiernos que fueron escogidos con esa participación. Y nos limitaremos a constatar que se han operado en la Argentina los grandes regresiones contra aquella participación creciente.

El dato concreto de la realidad de hoy, 1956, es que la Argentina no ha encontrado un procedimiento de plena participación popular que funcione armoniosamente, y que sea considerado como legítimo por todos los sectores del país. Es decir, no ha conseguido construir un gobierno legítimo. Y, precisamente, por eso la Argentina es un país políticamente subdesarrollado. Es un país que no alcanzó la etapa de la madurez. Es, ciertamente, un país que está en camino, pero que no ha llegado todavía, a su destino.

Segundo: la Argentina no está desarrollada económicamente

No creo necesario insistir demasiado sobre el particular. Para utilizar una definición teórica, es manifiesto que nuestro país ^{no} está en condiciones de promover su desenvolvimiento de manera autónoma, y ésta es la primera característica de los países subdesarrollados. Así como es también un hecho indiscutible que no hemos llegado a la etapa del desarrollo sostenido. Nuestra renta por habitante, es inferior, todavía, a la de 1951. Lo que debe agregarse que prácticamente no ha crecido en los últimos quince años, considerados en forma global.

Por otra parte, el término para medir el desarrollo no tiene que ser los países que están mucho más atrás que nosotros, sino los que están mucho más adelante, y no es necesario utilizar a los Estados Unidos, como término de comparación, pues cualquier país europeo, nos ha sacado ventajas tan grandes, que costará trabajo descontarlas en el curso de esta generación, a despecho de los recursos naturales de nuestro país y de la ventaja que le da su sólida posición alimentaria.

Pero es manifiesto que la Argentina está peligrosamente atrasada en su estructura de servicios básicos, caminos, energía, transporte ferroviario, marítimo y aéreo, puertos y aeropuertos, y comunicaciones en general. También es exacto que carecemos de lo necesario en los sectores básicos de la industria. No tenemos base suficiente en

d) finalmente, tenemos la excelente ventaja relativa de los recursos alimentarios del país, que nos colocan en posición incomparablemente mejor que la de países como China, India o Brasil (que tomamos como términos de comparación porque no conviene olvidar que la Argentina es la octava nación del mundo desde el punto de vista territorial con una extensión mayor que la de toda Europa Occidental en conjunto). Lo que se agrega que ese campo está ya organizado sobre las bases de la estructura capitalista que es, precisamente, la razón que vuelva anacrónicos los planteos sobre reforma agraria, sólo concebibles en aquellos países que tienen la agricultura organizada sobre base feudal y - lo que es la otra cara de la moneda - con la mayoría de la población en el campo.

Capítulo II

Llegamos así a la segunda parte de nuestra exposición que supone entrar al análisis de la función que compete a las Fuerzas Armadas en el desarrollo nacional.

Precisamente porque el desarrollo es un concepto global, la función de las Fuerzas Armadas tienen que medirse en todos los aspectos que forman parte de ese proceso. En todos les corresponde un papel protagónico (desde luego junto con otros protagonistas). Pero si debe destacarse la función de las Fuerzas Armadas con características propias, es porque en países como el nuestro, donde la racionalización, la disciplina, la jerarquización y la organización son notas que no caracterizan a los grupos públicos o privados que atienden los distintos servicios que la sociedad reclama las Fuerzas Armadas que por esencia responden a esas características, tienen un papel ejemplar a cumplir.

No es en absoluto casual que la pérdida del respeto por la jerarquía y la disciplina en el orden castrense haya sido un factor disolvente en los últimos años. Tampoco lo es que, en función de esa desorganización militar, las Fuerzas Armadas se hubieran alejado de la empresa del desarrollo argentino y, de hecho, hubieran hecho el juego de sectores regresivos que pretendían mantener el "statu quo" de la época del 30.

Las Fuerzas Armadas tienen tanta significación en el cuadro social del país - que puede decirse, sin tener temos a errar, que la ausencia de jerarquía y disciplina en sus cuadros se convierte en el obstáculo primordial para cualquier programa nacional de desarrollo. No hay posibilidad de que el país marche firmemente en la senda del progreso si esa condición no se da. De allí que el movimiento de los azules tuviera esa significación histórica, aunque para alguno de sus protagonistas el alcance real de la empresa quedara oculto, o fuera simplemente intuido en sus líneas más gruesas y sin la debida elaboración.

Sólo a partir de la propia organización y de la afirmación de los principios inherentes a la institución militar pueda ésta asumir la función general que le incumbe. De ahí que hoy se hagan tantos esfuerzos por restablecer la anarquía en su seno. Se comprende perfectamente que, dividida la milicia, se crean las condiciones para la división de la nación, es decir, para el mantenimiento de las condiciones del subdesarrollo.

Admitido, pues, que la primera función de los militares es organizarse como ejército, de allí corresponde deducir un planteo de tipo liberal, inspirado en la idea de "militares en el cuartel y curas dentro de la Iglesia". Esa fórmula tuvo cierto sentido durante las épocas de las oligarquías liberales, pero hoy se encuentra perimida. La jerarquía y la disciplina no son sino un paso previo para la actuación que corresponde a los militares en el plano total de la vida de la nación.

Los militares y el desarrollo político

Si admitimos que la primera limitación a superar en el país es la de su subdesarrollo político y si aceptamos que ese subdesarrollo se define por el hecho de no haber asimilado nuestro país la democracia de plena participación erigiendo sobre ella un sistema perfectamente legítimo, no es de extrañar que señalemos allí la primera función de los militares.

Esto lo entiende hoy el país con una intuición infalible. Se sabe que el sólo funcionamiento del aparato político formal de los partidos no conduce a ninguna salida. Las reglas del juego no están establecidas. No se ha dado el estadio en el que puedan actuar libremente, los grupos sociales y políticos sometidos a reglas de juego aceptables para todos y dispuestos a acatar la victoria del que se demuestre superior. Las reglas de juego no existen y todo el mundo sabe que el árbitro está dispuesto a hacer trampa. Pero todo el mundo sabe también que el país no está en condiciones de aceptar esa trampa a prolongar por una década más el estancamiento en que se encuentra sumido.

¿Qué cometido corresponde a los militares en esta coyuntura? Repasemos la historia. La milicia estuvo ajena a la primera apertura hacia la democracia que se generó en el seno del patriciado gobernante durante la época de Sáenz Peña. En cambio protagonizó el proceso de la revolución de 1930 y la hibernación por 13 años del sufragio popular. En 1943 fueron los militares los que dieron nuevo impulso al proceso de plena participación y durante 12 años sostuvieron la experiencia del sufragio universal. En 1955 concluyeron la experiencia y sostuvieron con energía una política de limitación y exclusiones. La apertura intentada por el gobierno de Frondizi no contó con el asentimiento militar y fue barrida después de casi 4 años de continuo hostigamiento. El gobierno Illia resultó de la decisión militar de poner límites a la democracia de plena participación.

Pero parece hoy haberse cerrado ese ciclo de la historia argentina. Ha llegado el momento de conquistar el desarrollo político, que no puede ser otro que una democracia racional, de participación plena, con reglas de juego aceptadas por todos y que asimile, pacíficamente, ese plato fuerte que es el sufragio universal.

Todo da a entender que las fuerzas civiles, por sí solas no pueden alcanzar esa meta. Allí nace, pues, la función que a la milicia compete en esos momentos.

Los militares y el desarrollo económico

No vamos a recordar las experiencias históricas que prueban cómo los militares estuvieron en la vanguardia del desarrollo argentino. Todos saben lo que representa Savio para la siderurgia o Fosconi para el petróleo. Ningún cordobés precisa que le recuerden la significación de Dinfa en el desenvolvimiento industrial de la provincia. Fabricaciones Militares y Astilleros Navales son otros tantos jalones de la contribución militar a la economía nacional.

Pero no es esto lo que creemos merezca, hoy, el énfasis prioritario. Aquí se trata, ante todo, de una actitud espiritual. Los militares tienen que transmitir a todo el país la mística del desarrollo como objetivo nacional. Lo que ha sido durante algunos años patrimonio casi exclusivo de un grupo limitado de políticos, empresarios e ideólogos, tiene que ser hoy el gran tema del país. Debe ser algo así como una canción de guerra, como un himno que haga vibrar a todos los sectores de la nación en la persecución de una gran empresa.

Esa misión, eminentemente espiritual, es la que deben asumir los militares en la empresa del desarrollo económico. Eso supone, ante todo, la plena conciencia de la necesidad de llevar a cabo la empresa del desarrollo nacional. No se crea que es-

ésta es una tarea plenamente conquistada. Hasta no hace mucho tiempo, el tema del desarrollo económico era marginado por los cuadros de jefes y oficiales. No faltaban quienes creyeran que ese tipo de preocupaciones traducía ideologías materialistas e incluso marxistas. Aunque esto parezca increíble, un oficial escribió el año pasado, en una revista militar, un artículo que sostenía la tesis según la cual la industrialización de América Latina era un plan comunista, inspirado desde Moscú, y destinado a debilitar a Occidente, quitándole mercados a la industria de los Estados Unidos.

Lo que incumbe hoy a los militares es contagiar al país de la mística de su desarrollo. Como ellos son el único grupo social que tiene fuerza y organización para así hacerlo, es menester, pues, que estén institucionalmente convencidos de que esa es la tarea histórica de la actual generación. Valgo institucionalmente porque los militares sólo operan de manera eficiente cuando la línea de acción que adoptan es la de la institución.

Los militares y la soberanía

Dijimos al comienzo que desarrollo económico, democracia política y Estado nacional son tres categorías que se suponen recíprocamente.

La tercera misión de los militares en la construcción del desarrollo consiste en asegurar su marco externo. La nación es el ámbito dentro del cual pueden desenvolverse plenamente las posibilidades espirituales y materiales de un pueblo. Esa es la función histórica del Estado nacional. Mientras que un pueblo no está totalmente integrado y desenvuelto, el Estado nacional es el que suministra la estructura que permite el pleno desenvolvimiento. Sólo cuando se ha alcanzado ese estado de plena integración nacional es posible pensar en el salto a la integración regional.

De allí la importancia que corresponde a la preservación del Estado nacional y de sus intereses en el momento en que vivimos. Pero "nación" supone soberanía y autodeterminación. No hay nación que no aspire a ambos atributos, cuya alternativa es, simplemente, la sumisión a dictados externos. Y no puede haber desarrollo sin soberanía y autodeterminación. Por definición la subordinación a voluntades exteriores, supone la exclusión de la posibilidad de la independencia nacional y del desarrollo nacional. Es la situación de los países satélites, o, si se quiere, de las colonias y semicolonias que, desde luego, no pueden hacer otra cosa que depender de la metrópoli.

Allí surge una tarea clara para la familia argentina en estos días. A ellos incumbe, juntamente con devolver al pueblo argentino una forma legítima de gobierno y hacer del desarrollo la gran causa nacional, asegurar que la voluntad de nuestra nación prevalecerá cada vez que entren en coalición con intereses externos.

aquí, también, la acción de factores exteriores ha obrado de manera perturbadora. Se ha pretendido que los militares reemplazaran la estrategia nacional por una estrategia ideológica. Se ha pretendido disolver nuestras fronteras en ámbitos geográficos o culturales mayores que, con argumentos ideológicos, ocultaban el hecho real de las estrategias nacionales de países extranjeros. Se ha pretendido que los intereses de la cultura a la que pertenecemos, es decir la Occidental, exigían el total sacrificio de los objetivos nacionales y de la autodeterminación nacional, como si esos objetivos fueran incompatibles, como si la Argentina no fuera tan occidental como el que más, y como si sus intereses debieran postergarse ante los de su fantasma que, cuando se concretaba, tomaba casi siempre la fisonomía ostensible de otro interés nacional.

De manera categórica se puede afirmar que la necesaria defensa de la civilización cristiana y de nuestras más entrañables tradiciones espirituales, no es incompatible con los intereses nacionales.

Es misión de los militares reafirmar los fines de la autodeterminación y la soberanía nacionales en el marco y sin desmedro de nuestra firme participación en el modo de vida occidental. Devolver al país una estrategia inspirada en nuestros intereses.

Poner límite a las planificaciones regionalistas, que deben ser la coordinación de estrategias y no la imposición de una de ellas con el abandono de las existentes.

El ejemplo de lo que está sucediendo en Europa Occidental e inclusive en Europa Oriental, tiene que constituir un espejo en el que nos miremos los argentinos y allí también corresponde a los militares una tarea protagónica. En la medida en que ellos contemplen con indiferencia las categorías de la autodeterminación y la soberanía, no habrá para el país una política propia. Si un militar argentino se siente identificado más íntimamente con un militar extranjero que con un obrero de su país, al que considera como extraño, la unidad nacional está disuelta. Somos pasto de las fuerzas externas. Sucede lo mismo que si un obrero considera que su militancia en una internacional de cualquier signo está por encima de su lealtad a la Nación y hacia sus compatriotas.

Capítulo III

Quedan así configuradas las grandes líneas de la tarea de las fuerzas firmadas en este momento clave de la historia argentina. Una vez más, como en los tiempos de la emancipación, la unificación del país o la conquista del desierto, les corresponde tomar la iniciativa. No importa la forma que esta iniciativa asuma, el procedimiento a que recurra. De lo que se trata es de preservar sus fines y objetivos, que son los del desarrollo. En el desarrollo entendido como proceso global, de desenvolvimiento espiritual y material, político y económico, social y cultural, reside la tarea de la actual generación de argentinos. Los militares tienen su papel asignado y deberán asumirlo, porque así lo impone su tradición y porque la Argentina no puede soportar por más tiempo una situación de estancamiento y postergación que le viene negando un destino que para un pueblo, mucho menos que un derecho, configura un deber irrenunciable.-

+++++